

843  
S.

PQ2411

M58

---

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

---

## MI HERMANA JUANA.

---

I.

Soy un plebeyo: mi padre, Juan Bielsa, natural del pueblo de este nombre, y por consecuencia español, estaba naturalizado en Francia y domiciliado en Pau, de donde sus negocios le obligaban á ausentarse sin cesar. Yo me quedaba al lado de mi madre y de mi hermana Juana.

Mis recuerdos de la infancia son muy vagos y están como interrumpidos. Eramos pobres, mi madre estaba casi siempre triste, y se hablaba muy poco á nuestro alrededor.

Mi madre era costurera y yo recorría las calles abriendo las portezuelas de los carruajes y recogiendo las puntas de los cigarros, que vendía luego á industriales, que hacían de ellas excelente picadura.

Estos son mis recuerdos más remotos. Yo no

era hábil en el arte de ganar mi vida, aun cuando fuese activo y trabajador, pues era muy desinteresado y me cuidaba poco del provecho que pudiera sacar. Esto al menos decía mi padre cuando por casualidad tenía tiempo de observarme y de ocuparse de mí.

Insensiblemente nuestra posición cambió; tuvimos mejor casa, mejor mesa, y un día me enviaron á la escuela: después, cuando cumplí diez años, me pusieron en un colegio, y tres ó cuatro años más tarde vivíamos con holgura, como viven en general gentes acostumbradas á la economía y de costumbres modestas, pero sin carecer de nada ni depender de nadie.

Cuando llegaron las vacaciones, nos dijo mi padre un día:

—Hijos míos, preparaos á hacer un viaje. Os habéis portado bien, sois muy estudiosos los dos (mi hermana estaba en un colegio de monjas) y merecéis una recompensa. Os llevo con vuestra madre á la montaña, porque ya es tiempo de que conozcáis aquel hermoso país, que es el vuestro, pues mi familia ha nacido y vivido allí desde tiempo inmemorial. También quiero que conozcáis vuestras propiedades, pues, á Dios gracias, no somos ya unos pobres desgraciados, y vuestro pa-

dre, que no es un perezoso, ha sabido ganáros algo.

Nunca había oído hablar así á mi padre, y extrañé mucho ver que el rostro de mi madre permanecía frío y triste como si hubiera encontrado algo censurable en la alegría de mi padre, á quien amaba mucho sin embargo y con quien no reñía jamás.

Corría el año 1835. Yo había cumplido mis trece abriles y empezaba á observar y á reflexionar. He aquí lo que escuchando y comentando sin preguntar ni aparecer curioso, descubrí poco á poco desde esta época.

Mi madre, que había sido educada con una familia rica, era muy superior en educación á aquel hermoso español con quien se había casado por amor. En todo estaban de acuerdo, menos en una cosa ¡ay, la principal! en la vida de continuas ausencias que llevaba mi padre.

¿Por qué esas ausencias? Mi padre no tenía ningún vicio. Respetaba y adoraba á su mujer, eso era evidente. Había, pues, en la naturaleza de sus ocupaciones y en la rapidez de nuestra pequeña fortuna un punto misterioso de que nunca se había tratado delante de mi hermana y de mí. Nuestro padre se ocupaba en llevar muestras de varios artículos y en la compra y venta de géneros del co-

mercio. Cuando le preguntaban por qué estaba siempre de viaje y no disfrutaba del goce de vivir en familia, contestaba:

—Es mi deber hacer ese sacrificio. Me he casado joven y muy pobre. Mi mujer tenía un pequeño capital que he arriesgado en negocios para duplicarle y que espero cuadruplicar con tiempo y paciencia. Cuando lo haya logrado, no volveré á abandonar mi nido y habré conquistado la felicidad.

Pasaba por el hombre mejor y más honrado del mundo, y á primera vista parecía lo uno y lo otro; pero era demasiado misterioso y prudente para no tener algo que ocultar. Noté esto en cuanto nos pusimos en camino para aquel viaje á la montaña. Tenía una multitud de conocimientos que jamás habían parecido por nuestra casa. Al pronto los saludaba con aspecto franco, pero se alejaba en seguida para hablarles en voz baja y con extremadas precauciones. Mi madre le seguía con los ojos, con aire de inquietud, como si hubiese temido que nos dejase, y cuando volvía le miraba con una mezcla singular de agradecimiento y reproche. Entonces él le cogía la mano ó le decía alguna palabra cariñosa. Ella se resignaba, y nada declaraba abiertamente la especie de lucha establecida entre ellos.

Por el camino me hizo mi padre varias preguntas sobre mis estudios, y entonces ví que sabía leer y escribir y que conocía apenas la historia y la gramática, pero era muy entendido en aritmética, y conocía la geografía de una manera notable.

Puedo decir que le conocí en aquel viaje y que sentí una viva afección por él. Mi hermana, que sólo tenía diez años, había tenido siempre mucho miedo de sus maneras bruscas, de su voz fuerte y de su espesa barba negra; pero cuando le vió tan bueno y tan tierno con nosotros y tan cariñoso con nuestra madre, empezó á quererle también.

Mi madre vió con alegría nacer esta unión entre nosotros.

—Hijos míos—nos dijo en un momento en que él dormía en el coche y nosotros le mirábamos, preguntándonos á media voz por qué le habíamos temido siempre—amadle con todo vuestro corazón, porque es un buen padre que ha comprendido mucho más de lo que le han enseñado, puesto que ha creído que lo mejor que podía hacer por vosotros era daros una educación muy por encima de la que él ha recibido, y para esto no ha perdonado sacrificio. Estudiad y portaos bien en todo para recompensárselo.

—Muy bien dicho, mujercita—dijo mi padre, que se había despertado y escuchaba;— pero es necesario que los niños te quieran aun más que á mí, pues tú eres la que me has enseñado á comprender mi deber. Ahora reconozco que tenías razón, porque veo lo que cuesta ganar la vida cuando se es ignorante, y qué penosa es mi situación cuando.....

—Basta, basta—dijo mi madre interrumpiéndole.

Y habló de otra cosa.

El fin de nuestro viaje era San Juan de Luz en los Pirineos. En él pasamos la noche, y al día siguiente, en cuanto amaneció, subimos á la propiedad que mi padre había adquirido en la cima del monte Bergous. Era aquel un sitio sonriente, lleno de flores, y con una bonita casa que servía de posada á los paseantes que iban á pasar la estación en los baños de *Saint-Sauveur* y á los turistas instalados en San Juan de Luz. Teníamos un precioso jardín, un criado y dos hermosas vacas. La gente iba á almorzar ó á tomar algo á nuestra casa. Mi padre nos dijo que ganaba mucho dinero, y que aun podría ganar más si queríamos ayudarle á recibir bien á la gente, y que sabiéndole explotar, era aquel un gran negocio, porque las aguas

estaban cada vez más frecuentadas. En una palabra: en aquel pequeño establecimiento estaba, según él, nuestro porvenir.

En efecto, tuvimos al poco tiempo muchos parroquianos, gentes ricas que pagaban muy caro y sin regatear una taza de leche ó una chuleta.

Todos empezamos á trabajar con el mayor afán. Mi madre estaba dedicada á la cocina, mi hermana á ordeñar las vacas, y yo corría por todos lados para buscar provisiones y comprar truchas, caza, huevos y fruta. Tenía para esto que ir muy lejos, pues en la montaña no se encontraban provisiones bastantes para el consumo que se hacía en nuestra casa. Esta vida activa en medio de aquel país espléndido me entusiasmaba. Al poco tiempo me hice tan fuerte, tan ligero y tan atrevido como un verdadero montañés. La estación de baños concluyó al mismo tiempo que mis vacaciones, y mi padre nos volvió á llevar á Pau, saliendo poco tiempo después para Bayona ó para algún otro punto, pues no solía decir adónde iba, ni escribirnos, y muchas veces se pasaban tres meses sin tener noticias suyas.

Al año siguiente mi madre y mi hermana volvieron con él á la posada del valle de San Juan de Luz antes de empezar el verano, y yo fui á reunir-

me con ellas en cuanto se abrieron mis vacaciones, yendo á pasar allí dos meses de entusiasmo y de febril actividad.

—¡Qué lástima que no se dedique á estas faenas!—decía mi padre en voz baja á su mujer.—¡Está tan hermoso!...

—No pienses en eso—respondía ella.—Acuérdate de tu palabra.

—Porque me acuerdo—respondía él—es por lo que siento hacer de mi hijo un *señorito* y no un hombre.

Semejantes palabras, que oí por casualidad varias veces, me dieron mucho en que pensar. ¿Un señorito no era un hombre?

—Si es así—pensé entonces—¿por qué me condena mi madre á esta inferioridad?

Continué, sin embargo, instruyéndome, no tanto por amor propio como por amor al estudio. La historia, sobre todo, me interesaba mucho; en cambio no tenía gran afición al griego y al latín; pero la extremada facilidad y la prodigiosa memoria de que estaba dotado, me permitían ser siempre sin esfuerzo uno de los primeros de mi clase.

Sólo cuando ponía el pié en la montaña olvidaba mis preocupaciones intelectuales. El hombre

físico aparecía por completo, y el amor al movimiento y á la aventura se apoderaba de mí. Salía de nuestras sonrientes colinas para internarme en los sitios más salvajes y más peligrosos. Seguía á los cazadores de osos y de jabalíes, pues por esta época la caza mayor abundaba todavía, y me asociaba á los guías que conducían á los naturalistas á la brecha de *Roland*, al *Mont-Perdu*, á los circos del *Marboré* y de *Troumause*, á los *Monts-Maudits*.

Así llegué á tomar afición á las ciencias naturales, y al volver á París las estudié con ardor.

Mi padre, no sólo me dejaba libre para correr la montaña, sino que me protegía contra los dulces reproches de mi madre, que se inquietaba por mis largas excursiones y temía que perdiese el gusto al estudio al ver mi entusiasmo por el campo y mi afición á los ejercicios físicos.

Mis promesas la tranquilizaron, y yo las cumplí fielmente. Cada año conseguía más premios, y mis compañeros, al verme adelantar así, me envidiaban, pero me perdonaban al ver mi afabilidad y buen carácter. Yo era, según ellos, valiente como un león y dulce como un cordero. ¿Era así, en efecto, y soy realmente así? Nunca lo he sabido. Mi personalidad no se ha formulado jamás ante

mis propios ojos más que como una cuestión secundaria. Tengo de la sangre paterna la fuerza física, la confianza en el peligro y el amor á la lucha; de mi madre ó de sus abuelos la gravedad de las maneras, la reflexión y la rigidez de conciencia. Me he encontrado tan pocas veces en desacuerdo conmigo mismo, que no tengo ningún mérito al obrar bien en las circunstancias difíciles.

Llegué á la edad de diez y seis años sin haber pensado para nada en mi porvenir. Evidentemente los negocios de mi padre prosperaban, pues nuestro bienestar aumentaba de día en día, y hasta oí hablar de cincuenta mil francos de dote para mi hermana y de otro tanto para mí en un día más ó menos lejano. También hablaban de enviarme á estudiar la medicina á Montpellier cuando concluyese mis estudios de colegio.

Mi hermana, que estudiaba con perseverancia, y que era muy piadosa, tenía la idea de consagrarse á la educación de niñas. No quería que la hablasen de matrimonio, y decía que no deseaba correr los riesgos de este sacramento. Mi padre trataba esta idea de capricho de niña, y mi madre la combatía dulcemente, pero con cierta tristeza que me daba en qué pensar.

El año 1838, durante nuestra estancia anual en la montaña, tuve la clave del enigma que nos envolvía.

Había partido una mañana para una de mis grandes excursiones, de la que no debía volver hasta el día siguiente por la noche; pero la niebla invadió la región que íbamos á explorar algunos camaradas y yo, obligándonos á volver aquel mismo día. Cuando entré en casa era muy tarde y todos estaban acostados: no queriendo despertar á mi madre, que tenía el sueño ligero y era muy madrugadora, me deslicé en mi habitación y me acosté sin hacer el más leve ruido.

Estaba fatigado y ya iba á dormirme, cuando ví que mis padres hablaban en el comedor, cerca del tabique que me separaba de ellos. Escuché, y confieso que no era la primera vez. No sentía por esto ningún escrúpulo, porque hacía tiempo estaba persuadido de que debía sorprender un secreto, aquel secreto que era el mío por la fuerza de las cosas, puesto que yo debía tener un día la responsabilidad de él. Me encontraban muy joven para confiármelo, y yo me sentía bastante hombre para aceptarlo con todas sus consecuencias y para poner un término al doloroso desacuerdo que reinaba entre los dos esposos, que estaban al mismo tiempo tan tiernamente unidos por su cariño.

Escuché, pues. No sospechaban que estaba allí; iban á hablar sin temor y sin reticencias. El cuarto de mi hermana estaba más lejos, y el criado dormía en el piso de abajo; así es que no tenían que temer ser oídos de nadie; y sin embargo, por costumbre hablaban á media voz; pero discutiendo olvidaron esta precaución, y pude oír muy bien á mi madre que decía:

— ¡Casarle! ¿estás loco? ¡Deja que pasen diez años!

— Con que pasen cinco basta — respondió mi padre; — yo no tenía veintiuno cuando me casé contigo.

— También.....

— ¡También yo era joven, y tal vez digas que he hecho tonterías y comprometido tu dote!..... Pues tuya fué la culpa; querías que comerciase legalmente, y así no podía hacer negocio un ignorante como yo..... pero ya sabes que más tarde no he seguido tus consejos y he logrado reparar mi falta.

— No hablemos de eso..... ¡Ha sido bien á pesar mío, tomo á Dios por testigo!..... pero no hablemos de ello.

— Está bien, no hablemos, con tal de que me quieras tal como soy..... pero deja que te explique mi proyecto. Antonio Pérez tiene lo menos tres-

cientos mil reales entre dinero y mercancías, y Manuela, su hija única, es la joven más bella de las Españas, como dice la canción. Estoy seguro de que el padre desearía tener un yerno médico; eso halaga siempre á gentes como nosotros.

— ¿Como nosotros?..... ¿Es como tú?

— Sí, es uno de nuestros mejores asociados; ¡un hombre de valer!

— Pues no quiero su hija para mi hijo, aunque sea tan hermosa como dices..... ¿Y qué edad tiene?

— Quince años.

— Tiene demasiados años para él.

— ¡Demasiados años! ¿Pues no tienes tú dos años más que yo? ¿y eres por eso más fea, menos amable ó menos querida?

— ¡Cállate, bribón! Si esa niña tiene tus ideas, las de su padre por consecuencia.....

— Esa niña no tiene ideas. Es tan inocente como nuestra hija.

— ¿Dónde está?

— En un convento. No tiene madre, y la han educado allí muy bien en la religión católica.

— ¡Ah! ya sabes.....

— Ya sé que eso no te gusta mucho, señora hugonota..... A mí la cuestión de religión me es enteramente igual.

—¡Desgraciadamente!

—Tal vez. Ya pensaré en ello más tarde; tú me convertirás; pero es natural que esta joven esté educada en la religión de su país y de su familia, y te digo que su educación es la de una verdadera señorita. Todos los hombres, jóvenes y viejos, más ricos de Pamplona están locos por ella, y cuando va á la iglesia con sus compañeras, no puede pasar casi á través de aquella multitud enamorada que la mira suspirando. Figúrate un talle esbelto y flexible, ojos azules con pestañas y cejas negras, magníficos cabellos, dientes como perlas.....

—Bien, bien. ¡Cualquiera diría que te has enamorado de ella!

—Me hubiera enamorado si no lo estuviese ya de otra. La única que he amado y amaré toda mi vida.....

—¡Adulador!..... En resumidas cuentas, creo que no pensarás casar á tu hijo á los diez y seis años; y si crees que esa linda muchacha ha de esperar á que tenga la edad de un hombre.....

—Ya lo creo que le esperará si le ama, y le amará en cuanto le vea, pues ya está hecho un hombre, y sin alabarnos, tan hermoso como pueda serlo ella.

—¡Ah, quieres presentarlos el uno al otro!

—Como dos prometidos; ¿por qué no? El padre de la muchacha consentirá, estoy seguro, y hasta nos hemos dado cita.

—¡No quiero!—exclamó vivamente mi madre.

—Pero, mujer, reflexiona.....

—Ya he reflexionado. Nunca mis hijos harán alianza con gentes de ese oficio.

—Vamos, vamos, hija, no desprecies así á tu marido y á la fortuna que te ha dado. Con tales ideas tus hijos no se casarían fácilmente. Un día llegará en que se hagan informaciones minuciosas, y las gentes intransigentes como tú dirán que el origen de nuestra fortuna es impuro. Recibirás alguna afrenta por haber colocado muy altas tus miras y nuestros hijos no sacarán de todo eso más que tristeza y humillación, mientras que no saliendo de su esfera..... Vamos, no te hablo de enviar á nuestro Lorenzo á la montaña para tirar contra los aduaneros si no le dejan pasar el contrabando, ó caer muerto por ellos. ¡No! que sea un caballero, que sea médico, conforme Manolita es una señorita; pero que no puedan reprocharse el uno al otro el origen de su fortuna y la condición de sus padres. Este es el interés de nuestro hijo, bien entendido, y lo demás son ilusiones impropias de tí.



Mi madre pareció quebrantada, pero nada pudo hacerla consentir en la entrevista proyectada por mi padre. Le rogó que aplazase el hablar de aquel asunto hasta el siguiente año, y él no tuvo más remedio que acceder á aguardar hasta entonces.

¡Por fin poseía el fatal secreto! Mi padre era contrabandista, y éste era su comercio y su industria. Confieso que al principio sentí una especie de consuelo y casi alegría, porque al principio de la conversación me estremecí, temiendo que fuese algo peor, y cuando este temor se disipó, encontré á mi madre demasiado severa para él.

Después, al reflexionarlo más despacio, comprendí sus angustias y sus escrúpulos. Era bastante instruída para comprender que todo comercio fraudulento es un atentado social; y en cuanto á mí, había aprendido algo el mecanismo de las sociedades para saber que nadie falta á las leyes sin atentar contra el equilibrio de la legislación; pero *dada la especie*, como diría un abogado, yo no podía censurar á mi padre el que no tuviese ideas contrarias á lo que le habían enseñado desde la infancia, pues en su familia pasaba el oficio de contrabandista de padres á hijos, como sucede con la mayor parte de los habitantes de las fronteras. La verdad es que es una especie de bandolerismo,

pues á veces no hay más remedio que habérselas con los aduaneros que cogen en el garlito, y esta caza de géneros degenera fácilmente en una caza de hombres de las más sangrientas. Sin duda debía hacer mucho tiempo que mi padre no había corrido en persona estas aventuras; pero se las hacía correr á los demás, habiendo llegado á ser, según comprendí al final de su conversación con mi madre, uno de los jefes que mandaban una especie de ejército oculto compuesto de gentes de todas clases.

En suma, el contrabando, á pesar de la buena acogida que tiene en todas las clases, pues nadie siente escrúpulos en aprovecharse de él, es una llaga económica y social. Yo lo sabía, y tenía que resignarme á sentir en mí algo como remordimiento, mirando el bienestar de que gozaba, empezando por la buena educación que recibía, como una especie de robo cometido no sólo contra el Estado, sino contra el comercio legal de mis ciudadanos.

¿Qué hacer en semejante situación? ¿Suplicar á mi padre que abandonase aquel oficio? No me sentía con valor para hablar con él de semejante cosa; y allí donde mi madre no había podido conseguir nada, yo no podría hacer más que empeorar

la situación. ¿Protestar contra aquel género de industria sin aparentar sospechas de que mi padre especulaba con él? Eso únicamente es lo que podría hacer algún día, más tarde, cuando hubiera adquirido el derecho de hablar como un hombre.

Aferrándome á esta decisión, traté de calmarme, pero en vano, porque otra clase de agitación mucho más fuerte se había apoderado de mí. Nunca me había atrevido á mirar á una mujer, pues era un inocente que había vivido siempre en una atmósfera casta, pero que estaba muy propenso á conmoverse á la primera ocasión..., y de pronto hablaban de poner en mis brazos á una criatura hermosísima, capaz de amarme en cuanto me viese. Qué, ¿ya podía ser amado el tímido escolar por una criatura maravillosa que tenía trastornada la cabeza de todo aquel que llegaba á mirarla? No lo podía creer; me hacía el efecto de un cuento de hadas; pero ¿cómo rechazar aquella embriagadora ilusión?

Confieso que no pensé en echarle en cara que fuese hija de un contrabandista, y que las reflexiones de mi padre sobre este punto me parecieron muy juiciosas y de esas que no admiten réplica. Ciertamente, era muy natural esta alianza, para borrar mejor en los lazos de la complicidad

la mancha común; aquella mancha que podía serme reprochada un día al entrar por medio del matrimonio en una clase más elevada. Mi madre hacía mal, á mi parecer, en oponerse á aquella entrevista, cuyo solo pensamiento hacía latir mi corazón como si hubiese querido escapárseme del pecho.

## II.

Traté de aparecer tranquilo al día siguiente, como si nada hubiese oído; pero estuve pensativo y mi conducta era extraña, pues tan pronto estaba taciturno como loco de alegría. No tenía ya ni apetito ni sueño; estaba enamorado, locamente enamorado de un fantasma, de un ser á quien tal vez no debía ver jamás, porque ¿cuántas cosas podrían pasar antes que mi padre volviese á hablar de su proyecto y de que mi madre dejase de combatirlo!

Tuve la idea de hablar á mis padres; pero me hubiese visto obligado á confesar que sabía todo lo demás; y sobre todo, mi amor me llenaba de una timidez invencible, teniéndome en un completo estado de confusión al mismo tiempo que de deliciosa embriaguez.